

le llevaron á la prision algunos escasos recursos pecuniarios y ropa. El mas pequeño de los hijos del señor Lic. Castillo Velasco, que tenia cuatro años entónces, abrazó llorando á Florencio, y le dijo:—«Tio, yo no tengo mas que esto, tómelo vd.»—y le alargó una pequeña moneda de plata, que Florencio recibió ahogándose de emocion.

«Despues partió para Ulúa: á poco enfermó allí del vómito. Los *civilizados* franceses no le permitieron ir al hospital de Veracruz sino en los momentos de la agonía. Al embarcarse en el bote que le llevaba á la plaza, se despidió de Fernando Sort, su compañero de prision, le hizo sus últimos encargos, y luego, entregándole algunos retratos de familia, le dió la monedita del niño, que habia conservado como una reliquia, encargándole mucho que la entregara en México á su familia.

«Todo eso carece de interes para las almas vulgares y mezquinas, mas para los que hemos amado á Florencio y para los que respetamos hasta la última palabra de nuestros patriotas y de nuestros mártires, esta narracion debe ser recogida y regada con las lágrimas de la fraternidad.

«Florencio murió en el hospital de Veracruz, solo, completamente solo. Su cadáver, envuelto en una sábana, fué arrojado en el cementerio, y nunca ha podido averiguar su familia donde está sepultado.\*

«Allí se perdió aquel hombre modesto, adornado de tantas virtudes, dotado de elevada inteligencia y animado por un patriotismo sin tacha, que le hizo preferir la muerte á renegar de su fé política.

«Debemos á la invasion francesa, entre tantas desgra-

\* Florencio murió el 27 de Octubre de 1863.—L. G. O.

cias que nos harán siempre odiarla y maldecirla, la pérdida de ese jóven é insigne escritor que era una de las mas bellas esperanzas de la patria, un ornamento de la literatura, un modelo de amigos y un tesoro para la sociedad. Las cenizas de ese mártir ilustre yacen hoy ocultas bajo la tierra de un cementerio humilde; pero su bendita memoria tendrá siempre un santuario en el alma de los que respetan la virtud, de los que aman las bellas letras y de los que sienten arder en su corazon la llama del patriotismo.»

\* \* \*

Sobre la apreciacion de las obras literarias de Florencio, nuestra incapacidad y el muy estrecho vínculo de cariño que nos unió al novelista cierran nuestros labios; que ademas, nunca podria decir nada que pudiera tener algun valor al lado de los juicios emitidos por Francisco Zarco en 1854, y por Altamirano en 1869, cuyos artículos ponemos en seguida; comenzando por el de Zarco escrito con motivo de la publicacion de la novela de Castillo titulada: *Hermana de los Angeles*.

El nombre del jóven Florencio María del Castillo se ha dado á conocer en estos últimos años en nuestro estrecho mundo literario; prometia desde sus primeros ensayos abrir una nueva senda en los estudios morales, aunque lleno de reminiscencias fisiológicas, aunque hábil en sus descripciones físicas, aunque lleno de consideraciones sobre las ciencias materiales, sobre esas cuestiones de organismo que parecen hacer de la virtud y del vicio una cuestion de temperamento: nosotros creimos descubrir en sus primeras no-

velas que descendía á todas esas regiones tristes en que no se ve mas que la materia, para elevarse con vuelo mas atrevido á las regiones etéreas del alma. Sabia profundizar los misterios íntimos del corazón, observar el desarrollo de las pasiones, sus causas, sus efectos; su amargura al encontrarse con ciertas llagas sociales no tomaba el tinte sombrío de la desesperacion; en sus pinturas mas melancólicas del infortunio, habia siempre algun encanto, algun colorido apacible que las llenaba de luz..... Se descubria que el escritor no habia perdido la fé, y que por cruel que á veces le fuera el estudio de la sociedad y del hombre, entreveia siempre una vida mejor, y aspiraba á hallar la senda que condujera á la perfectibilidad del espíritu.....

«Entónces se notó que su estilo era un tanto desaliñado, que no cuidaba mucho de la expresion, y que faltaba á sus obras ese pulimento de lenguaje que les da cierto brillo. En cambio tenian esa frescura, ese vigor de las obras juveniles, que son en los escritos como el perfume en las flores y que tienen un mágico encanto para los jóvenes.

«Castillo, como todos los que cultivan las letras en México, ha tenido que gastar parte de la actividad de su inteligencia en el periodismo, en esa voráGINE que parece consumir y debilitar el espíritu; ha tenido que emplear el tiempo en hacer traducciones, dejando de producir obras originales, y ha tenido tambien que sufrir y resignarse á ese desden con que el vulgo paga los esfuerzos y el trabajo del que hace profesion de escritor.

«Pero á pesar de todo, el jóven novelista no ha perdi-

do nada de su creadora actividad; parece, por el contrario, haber recurrido á fuentes perennes de consuelo, reanimar todas sus creencias, guardar el tesoro de su espiritualismo, y perdonando al mundo su desden, ofrecerle páginas que serán un bálsamo para los que sufren; páginas impregnadas de fé y de esperanza, páginas que hacen pensar profundamente, que conmueven, que abren al espíritu un ancho campo de consoladoras reflexiones, y que por lo mismo están acaso fuera de la diseccion fria y analítica del crítico.—Nosotros á lo ménos hemos leído en este momento la *Hermana de los Angeles*, y esta produccion nos ha parecido tan espiritual, tan etérea, tan metafísica, que no nos atrevemos á desleir la profunda impresion que nos ha causado su lectura.

«Debemos sin embargo llamar la atencion de nuestros lectores hácia una produccion demasiado notable, y que, sea dicho sin herir susceptibilidades, se eleva un poco sobre lo que dia á dia produce nuestra literatura, porque se aparta de esas formas de belleza superficial que consisten mas en lo sonoro de nuestro idioma, que en la verdad y riqueza de las ideas; porque se aleja de ese materialismo, y se desprende de esa lánguida voluptuosidad en que parecen adormecidos nuestros poetas líricos; porque es altamente filosófico y moral, porque no es el parto de un instante fugitivo de ispiracion, sino el fruto del estudio y de la meditacion; porque no es una queja amarga de los males de la vida; porque en fin, tiende á corregir, á purificar las pasiones, y habla á los hombres de Dios, del cielo, de los inmensos tesoros que guardan en su alma, y de los que parecen olvidarse cuando se entregan á placeres de

un instante, cuando reniegan despues de la existencia, sin saber que en sí mismos, en su sensibilidad, en su inteligencia, tienen el alivio de sus males.

«Búsqense estas tendencias en las producciones de nuestra naciente literatura, y apenas en uno que otro se encontrará el deseo de ser útil á la humanidad, en vez de la sed de conquistar precoz celebridad.

«A pesar de todo, la forma, el lenguaje, el estilo de la última obra de Castillo, la harán parecer á muchos demasiado metafísica, demasiado abstracta. Para nosotros en esto consiste gran parte de su mérito. Es grato encontrar libros que sepan arrancarnos de esta vida positiva y tediosa de las grandes capitales, para llevarnos á las regiones de las quimeras, de las visiones, si gustais; pero que algo valen para los espíritus que pueden comprenderlas y que aman esa riqueza de las ideas abstractas y de las consideraciones acerca del espíritu, de lo imperecedero que hay en el hombre.

«¿Qué importa que la *Hermana de los Angeles* no esté de pronto llamada á esa popularidad ruidosa, pero efímera que pasa, dejando el lugar al olvido, si dice algo á los que sufren, si consuela á los que dudan.....? Los libros todos que han estudiado el alma, Kempis, Zimmerman, &c., no descienden nunca hasta el vulgo, pero viven eternamente entre las inteligencias superiores.

«En estos tiempos de *mejoras materiales*, en que se habla de negocios y es casi ridículo en buena sociedad hablar de pasiones y sentimientos; en estos tiempos en que se quiere que las cuestiones de bienestar material sofoquen, compriman todas las aspiraciones nobles y caigan

sobre la política, sobre la metafísica, sobre el arte, es raro que un jóven venga á hablarnos de amor, y solo de amor, ¡y de qué amor! de amor espiritual, de amor platónico, de almas hermanas..... ¡Visiones! ¡Ilusiones! ¡Ah! no; Castillo ha recogido en un pequeño volúmen toda la esencia de las doctrinas espiritualistas, que han hecho del amor una cosa santa, doctrinas que se han transmitido desde los primeros siglos del mundo hasta nuestros días, y que no se extinguirán jamas, porque hay ciertas revelaciones íntimas, misteriosas, que no necesitan pruebas..... La aspiracion constante del alma, el sentimiento, son argumentos incontrastables, mas poderosos que todas las razones que acumulan los que se empeñan en sostener que el hombre no es mas que el mas perfecto de los séres del reino animal.

«Aquel amor de Platon, en que una alma es mitad de otra alma; aquel amor que tiene tanto de divino y que es la perfeccion del hombre de que hablan los apóstoles y los santos padres, aquel amor, union estrecha de almas humanas, creadas la una para la otra, que se encuentran en los escritos de varios filósofos alemanes; tal es lo que llena el libro de Castillo; pero no explicado en teoría, sino puesto en práctica, animado tan dramáticamente como puede serlo aquello en que apenas toman parte los sentidos. El autor presenta reflexiones nuevas é interesantes, pensamientos llenos de delicadeza, profundas observaciones morales; gustando de elevarse á las regiones del espíritu, se conoce que le cansa descender á las descripciones de sus personajes, que está de prisa cuando se ocupa de esos detalles, y que desea solo poder volver al estu

dio de sus almas. Con razon dice él mismo de su libro: «Historia por cierto difícil de narrarse, donde una mirada es una peripecia, una palabra una crisis,» y aun esto parece materializar demasiado la historia de las tres almas que nos ha contado el novelista.

«Él nos ha pintado á la mujer mas susceptible que el hombre de amor espiritual. Rafaela «con esa voz que mas bien parece exhalarse cual un perfume del corazon que salir de los labios,» con su amor que es para ella casi una religion, con su resignacion al infortunio de su amante, con su dolor al verlo ciego, con su ansiedad por que alcance la gloria del artista al hacer oír su violin, con su amistad purísima á Lorenzo, con sus celos, que á pesar de su horror no llenan de odio á su corazon, siempre dispuesto á perdonar, es una creacion bellísima, poética, acabada..... que bien merece el nombre de *Hermana de los Angeles*. Es cierto que sufre y padece; pero hay en ella algo angélico y luminoso que la hace superior al dolor; sus aspiraciones se dirigen al cielo.....

«En Manuel, el esposo de Rafaela, el pobre ciego, el sensible violinista, el autor ha querido personificar la lucha del espíritu con la materia, del amor espiritual con el sensual; el ciego sucumbe y es víctima de su debilidad..... Empieza á decaer, no desde que busca voluptuosidad y deleite, sino desde que cede á la exigencia del mundo profanando su genio, su inspiracion, su violin..... He aquí esta historia de la degeneracion del arte:

«..... apareció Manuel ante el público como una notabilidad, y su estilo nuevo y original causó una sensacion profunda, cosa harto rara en México, donde el mérito y

el talento de los hijos del país es mirado con la mas cruel indiferencia.

«El ciego llegó á convertirse en el ídolo de la moda. Su violin era un instrumento encantado que avasallaba los corazones, que iniciava aún á los mas frios en los placeres del cielo, anegándolos, por decirlo así, en las melodías mas tiernas, mas sentidas, mas llenas de unción; eran notas aprendidas del murmurio de las brisas; eran pensamientos de amor traducidos en el idioma de los ángeles.

«Semejante música abria un horizonte nuevo de sensaciones é ideas á los que la escuchaban; pero por desgracia era muy delicada para los oídos sensuales de la multitud. Pagaron con aplausos el mérito del artista; pero exigieron que descendiera hasta su nivel. He aquí cómo el ciego fué arrancado de la esfera en que vivia para venir á respirar la pesada y deletérea atmósfera en que se agitaban sus oyentes.

«El corazon del pobre músico, tranquilo y feliz hasta entónces, resintió aquel nuevo género de vida y se encogió; empezó á perder su antigua confianza y fué adquiriendo poco á poco una sensibilidad enfermiza.

«A los pocos meses una alma delicada hubiera podido percibir cierta degeneracion en la música del ciego: se habia humanizado.

«Yo creo que en la música puede hacerse una division entre esa parte noble y elevada del arte que conmueve dulcemente el alma y la hace gozar olvidándose de sí misma; y esa otra puramente material, que tiene influencia tan solo sobre los nervios; entre aquella que traduce las impresiones de un sér que se aísla, que se desprende de

la tierra, y entre la que agita y pone en movimiento á la multitud frívola de un baile; entre la que se eleva como una mística y santa oracion, y la que se arrastra por la tierra como una vibracion de placer.

«Cuando Manuel hubo llegado á este punto, entónces fué cuando la sociedad lo comprendió. Pero esa música, que ántes era un bálsamo divino para sus dolores, una luz misteriosa que iluminaba su corazon, un idioma claro y simpático de sus sentimientos, en medio de la multitud se convirtió en un excitante extraño que lo llenaba de confusion, en un eco de pasiones y placeres que no comprendía.....»

«El ciego, entregado á excitaciones contrarias, experimentaba la necesidad fatal de la embriaguez; caído de su antigua elevacion, sentia un vacío en sus sensaciones y buscaba aquellos sentimientos que podian aturdirlo.

«Siempre que encontramos en el mundo uno de esos espíritus elevados en el artista, en el poeta, en la mujer que sin escribir tiene la poesía en el corazon, tememos que el contacto del mundo produzca esta fatal degeneracion..... Por hacerse comprender, por ser aplaudidos, se dejan llevar de una corriente fatal..... y se humanizan demasiado.....»

«Manuel luchó consigo mismo; pero le faltaron las fuerzas, dejó que su sangre se abrasara en el fuego del sensualismo, se olvidó del amor delicado de Rafaela, sintió á un mismo tiempo sus dos amores hasta el punto de pensar un instante que tenia dos corazones; pero al fin cedió..... Se entregó á la vida de los sentidos, á las fiestas, á los deleites, á las orgías..... y se quedó solo, aislado, consu-

mido por el tédio y por el arrepentimiento..... Pero se arrepintió de sus faltas, santo es el remordimiento, y fué á recoger el perdon de Rafaela, de Rafaela que pobre y abandonada moria en la miseria....»

«Castillo ha ennoblecido el arrepentimiento, lo ha presentado casi como un medio de reparar la debilidad humana; y al fin de su libro nos dice que comenzó para Manuel la nueva vida..... Esto nos hace esperar otro libro en que enseñe lo que debe ser la expiacion.

«Junto á estas dos figuras hay una envuelta en claro-oscuro, un poco desvanecida. Lorenzo, amigo de Manuel, lo ama á él y á Rafaela; la amistad es en su alma algo superior á lo que es tal sentimiento en la generalidad de los hombres; ama á Rafaela porque ella ama á Manuel, siente celos, y sin embargo su amor es purísimo, inmaterial..... Comprendemos tal sentimiento; á veces uno mismo guarda ciertos afectos, sin dejarlos desarrollar para que no pierdan su pureza. La existencia de Lorenzo no nos parece imposible; en las almas sensibles se confunden todos los afectos y á veces el mismo amor que experimentan las hace privarse de los placeres del amor.—Lorenzo muere, y es olvidado por Manuel, mientras Rafaela guarda su memoria como la de un amigo.

«Quien ha creado la figura de Lorenzo, bien puede sondear los abismos del corazon humano.

«En esta novela abundan las pinturas de las situaciones morales; hay en toda ella algo vago, indefinido, vaporoso, y en esto está su encanto.—No puede, pues tener ese interes dramático de la novela histórica, ó de la que se ocupa demasiado de peligros puramente físicos.

«La historia poética y misteriosa de tres almas El contraste de la pureza y felicidad del amor espiritual, con el desaliento, el tedio y la amargura del sensualismo. La sublimidad del perdón. La rehabilitación del arrepentimiento. He aquí todo el asunto que Castillo ha tratado hábilmente en la *Hermana de los Angeles*.

«Su estilo es correcto y tan vigoroso como puede ser el idioma humano cuando intenta expresar los arcanos del corazón. Hay ideas poéticas en sí mismas y que encuentran además la poesía de la expresión. Hay novedad y cierta fuerza de persuasión y de sentimiento que raciocina en todo lo que puede considerarse como desarrollo del espiritualismo, para hacer que el amor eleve las almas al cielo. Hay un fondo de creencias y de consoladora filosofía en toda la obra. Bien merece llamar la atención del público y promete por parte del autor óptimos frutos literarios.

«No hemos pretendido hacer un análisis de este libro, porque obras tan espirituales lo resisten, y no somos capaces de emprenderlo.

«Si Castillo es nuestro único novelista en la actualidad, sale de la senda trillada y eleva este género haciéndolo útil, filosófico, moral.

«Convenimos en que abunda en abstracciones y en consideraciones metafísicas que no están al alcance de todos. Consérvese á esa altura sin embargo, porque descender sería degenerar. Si escribiera novelas al gusto de la generalidad de los lectores que buscan en tales libros, pasto á una imaginación ociosa y desarreglada, sería tal vez más leído, pero entonces haría con su talento lo que hizo Ma-

nuel con su música; se humanizaría demasiado; se arrastraría siempre por la tierra, cuando ha tenido la fortuna de elevar su espíritu hasta el cielo.....

«Siga, pues, así la senda que ha comenzado. Reflexiones y sentimientos como los suyos tienen por precisión que desarmar á la crítica, pues un crítico conmovido, enternecido, no tiene fuerzas para censurar, para escudriñar en busca de lunares; se convierte en admirador, y aplaude.

«Nada vale nuestro voto; pero deseamos que el autor de la *Hermana de los Angeles* no deje la pluma, ni abandone el género que ha comenzado á cultivar. Producciones como la última que ha dado á luz, contribuirán á enriquecer nuestra literatura nacional.»

Hasta aquí el juicio de Zarco:

Veamos pues el de Altamirano, emitido después de diez años transcurridos.

«Florencio del Castillo es sin duda el novelista de más sentimiento que ha tenido México, y como era además un pensador profundo, estaba llamado á crear aquí la novela social. Sus pequeñas y hermosísimas leyendas de amores, son la revelación de su genio y de su carácter. En esas leyendas no se sabe qué admirar más, si la belleza acabada de los tipos, ó el estudio de los caracteres, ó la exquisita ternura que rebosa en sus amores, siempre púdicos, siempre elevados, ó bien la elegancia y fluidez del estilo, ó la verdad de las descripciones, que son como fotografías de la vida en México.

«Cada una de sus heroínas es un ángel de bondad y de dulzura, porque Florencio pensó, y con razón, que para ha-

cer amar la virtud á la mujer, no era preciso calumniar ó condenar á esta, sino por el contrario, iluminarla con los rayos del sentimiento, poetizarla, hacerla divina. Así, en sus leyendas no se ve una sola de esas mujeres extraviadas, violentas, imperiosas, ulceradas por los vicios, y aborrecibles: ninguno de esos ejemplos de mujer maldiciente y procaz que van vertiendo por donde quiera el veneno de su corazón, y haciéndose semejantes á las víboras por la fetidez del aliento de su alma. No: Florencio era asaz delicado para levantar del lodo esos reptiles y mostrarlos á la sociedad, que harto los conoce, y vuelve el rostro con repugnancia al encontrarlos.

«Las heroínas de Florencio son jóvenes virtuosas, apasionadas, melancólicas, con esa melancolía que hace llorar, y no aborrecer el mundo, con esa melancolía que da dulzura al alma de la mujer, como la blanda luz de la luna da un color suave á su semblante. Ellas aman, y sufren, y luchan, y lloran en silencio; pero jamás se desesperan, jamás se sublevan contra el destino, jamás sucumben vergonzosamente, jamás se hunden en la perdición. En esas vírgenes pálidas y enamoradas cree uno ver ángeles, y se adivinan tras de ellas las alas de la inocencia plegadas por la resignación y el dolor, pero dispuestas á abrirse para remontar al cielo. Florencio tampoco ha ido á buscarlas en los palacios de los grandes de la tierra: no; quizás pensó que allí el lujo y el bienestar endurecen el corazón y solo despiertan los sentidos. Generalmente las encontró entre las clases pobres, entre las que sufren, entre las que no tienen más goces que los del amor casto y sincero. Así como estas mártires de la desigualdad social,

nos figuramos nosotros á aquellas mártires de la fé religiosa á quienes la admiración de los primeros cristianos colocó junto al trono de Dios en el cielo y sobre los altares en la tierra. Los perfiles que dió Florencio á sus vírgenes son los mismos que dió Rafael á las suyas idealizando el tipo moral, como este idealizó el tipo físico.

«Por lo demás, Florencio es un poeta en la extensión de la palabra; pero un poeta melancólico. Nadie como él supo, con sus novelas, conmover tanto y dejar una impresión de honda tristeza, porque ese es el carácter de su poesía. Sus leyendas no concluyen en matrimonios, ni en abrazos, ni en agradables sorpresas: todas ellas se desenlazan dolorosamente, como los poemas de Byron: pero diferenciándose del poeta inglés, en que la desdicha de sus héroes no produce desesperación ni deja en el alma las tinieblas de la duda, sino simplemente una tristeza resignada, porque Florencio no era excéptico.

«En ternura y en pasión, las novelas de Florencio pueden rivalizar con *Pablo y Virginia*; pueden rivalizar con *Werther*, llevando á este la ventaja de la moralidad; pueden compararse con *Graziella* ó con el *Rafael*, de Lamartine, aventajándoles también en el estudio social y en la intención, y por esta razón pueden compararse con algunas de las creaciones de Balzac.

«En esto no exageramos; otros más autorizados que nosotros han hecho las mismas observaciones ya, y nosotros no somos más que el órgano de la opinión general de los inteligentes.

«Tales son las bellísimas leyendas del escritor republicano que murió mártir de su fé. Son varias, y se intitu-